

# Artisanos ante el cambio social. Los curtidores madrileños en el siglo XVII

Juan Carlos ZOFÍO LLORENTE

Grupo Taller de Historia Social  
[juancarloszofio@historiasocial.org](mailto:juancarloszofio@historiasocial.org)

Recibido: 22 de marzo de 2010

Aceptado: 22 de junio de 2011

## RESUMEN

Esta investigación analiza los recursos y medios que desarrollaron los curtidores madrileños para enfrentarse al contexto social y económico que existió en el siglo XVII. El matrimonio y la maestría fueron los dos pivotes sobre los que gravitó una estrategia colectiva que tenía por objetivo mantener un relativo control sobre la renovación del oficio, para lo cual resultaba fundamental la consecución de una organización jerárquica y cohesionada en el oficio. Este estudio introduce el análisis de la red social de los curtidores como parte esencial de las distintas prácticas económicas, sociales y culturales que desplegaron los curtidores para lograr sus fines.

**Palabras clave:** Cambio social, Movilidad social, Análisis de redes, Artesanos, Gremios.

## Artisans and Social Change: The Madrid Tanners in the Seventeenth Century

## ABSTRACT

This research analyzes the resources and means developed by the tanners in Madrid in order to cope with the economic and social context during the Seventeenth Century. Marriage and mastery were the two pillars of a collective strategy aimed to keep a relative control over the trade renewal. To achieve this, it was fundamental a hierarchical and cohesive organization of the trade. This research introduces the analysis of the tanners social net as an essential part of the different economic, social and cultural working practice developed by them in order to achieve their aims tanners.

**Key words:** Social change, Social mobility, Network análisis, Artisans, Guilds.

Tras un largo período de gestación, desarrollo y consolidación institucional, a principios del siglo XVII, los oficios castellanos habían acumulado un arsenal de medios, herramientas y métodos para afrontar el cambio histórico. Para ello, los artesanos trasladaron a sus organizaciones colectivas, los gremios, muchas de las funciones que con anterioridad a la Edad Moderna desempeñaban instituciones sociales más simples como la familia y el parentesco, que resultaron insuficientes para responder a los retos que planteaba un período de urbanización, desarrollo del mercado, reequilibrio de poder y transformaciones culturales y sociales<sup>1</sup>. Proporcionar un marco estable y fiable para las transacciones económicas y garantizar la calidad de la producción fueron algunas de las virtudes que, según sostienen las más recientes tesis, tuvieron los gremios, como también lo fue rebajar los costes de transacción en una economía lastrada por incertidumbres y limitaciones de todo tipo<sup>2</sup>. La defensa de la destreza, el control de las prácticas económicas y sociales o la ordenación de la jerarquía laboral fueron algunos de los instrumentos sobre los que los artesanos se apoyaron para enfrentarse a lo que se ha denominado la crisis general del siglo XVII a nivel europeo, y que en el territorio de la Monarquía Hispánica, y más en particular en Castilla, se vivió con gran crudeza. Obligados por estas circunstancias históricas, los artesanos debieron amoldar a la crisis que se les avecinaba las estrategias y prácticas sociales y económicas que habían ido desarrollando en un contexto de auge económico.

En general, en la Europa de la Edad Moderna coexistían dos modelos de funcionamiento de los oficios artesanales<sup>3</sup>. Uno, con fuerte implantación en Centroeuropa, transfería al gremio muchas de las decisiones que debían tomar los trabajadores sobre los aspectos rutinarios de su vida social y otro, más extendido en el sur del continente europeo, en el que la familia mantenía su predominio a la hora de controlar la evolución social del grupo. Ciertamente, estas diferencias no fueron óbice para que, bajo el paraguas gremial, resultara a los menestrales más fácil controlar capitales colectivos tan decisivos como la destreza, si bien no hay que mitificar el peso del sistema corporativo en el funcionamiento del colectivo artesanal<sup>4</sup>.

<sup>1</sup> Este artículo forma parte de la investigación sobre “La movilidad social en el artesanado madrileño (1600-1700)”, que ha contado con el apoyo de una beca de la Fundación Caja Madrid. Generalidades sobre el papel de los gremios en la sociedad corporativa FARR, J.R.: *Artisans in Europe, 1300-1914*, Cambridge University, 2000, pp. 20-32. El desarrollo del gremialismo castellano, COLLANTES DE TERÁN, A.: “Los poderes públicos y las ordenanzas de oficios”, en *La manufactura urbana i els menestrals (ss. XIII-XVI). IX Jornades d'Estudis Històrics locals*, Palma de Mallorca, 1991, pp. 357-371.

<sup>2</sup> GUSTAFSSON, B.: “The rise and economic behaviour of medieval craft guilds”, en GUSTAFSSON, B. (ed.): *Power and economic institutions: reinterpretations in economic history*, Aldershot, 1991, pp. 69-106; GONZÁLEZ ENCISO, A.: “Los gremios y el crecimiento económico”, *Memoria y Civilización*, 1 (1998), pp. 111-137. LUCASSEN, J. et alii.: “The Return of the Guilds: Towards a Global History of the Guilds in Pre-industrial Times”, *International Review of Social History*, 53 (2008), Supplement, pp. 5-18, desarrolla desde una perspectiva global las semejanzas y divergencias de los gremios en su larga andadura histórica.

<sup>3</sup> CROSSICK, G.: “Past masters: in search of the artisans in European history”, en CROSSICK, G. (ed.): *The Artisans and the European Town, 1500-1900*, Aldershot, 1997, pp. 10-40, en pp. 10-11.

<sup>4</sup> TORRAS, J.: “Oficios y familias. Propuesta para interpretar la función de las cofradías menestrales en los siglos XVII y XVIII”, en GONZÁLEZ PORTILLA, M y ZARRAGA SANGRONIZ, K. (eds.): *IV Congreso de la Asociación de Demografía Histórica*, vol. II, Bilbao, 1999, pp. 563-572. Buena prueba de ello es

## EL MADRID ARTESANAL. EL CASO DE LOS CURTIDORES

En el caso concreto de Madrid, la agremiación fue potente en la misma medida que tardía, pues nunca antes se habían confirmado tantas ordenanzas de oficios como sucedió en la primera mitad del siglo XVII<sup>5</sup>. Seguramente la trayectoria de la Villa y Corte hasta 1630, ajena a las vicisitudes negativas que afectaron al resto de Castilla, fue la causa de que la espita de ingreso a los oficios no se cerrara hasta bien entrado el siglo. Recursos no les faltaban a los oficios para hacerlo. Las ordenanzas ponían en manos de los dirigentes gremiales restricciones de todo tipo para otorgar maestrías, desde las puramente técnicas a otras de carácter más social, lo cual se reforzaba con la aplicación de ciertas prácticas de dudosa legalidad, pero admitidas y consentidas, que discriminaban positiva o negativamente a los candidatos<sup>6</sup>. A pesar de la capital importancia que se concede a los criterios que los gremios manejaban para habilitar a sus miembros para el ejercicio de la profesión, no eran más que el capítulo final de una larga cadena de circunstancias que incidían en la reproducción de un oficio. Estas páginas se centran en ese largo preámbulo en el que se definía la mecánica de la profesión para enfrentar la tradición heredada con un contexto histórico, el cual se hace visible en un proceso dinámico, nunca acabado, de integración a la rutina social de unas prácticas y en la estructuración de unos comportamientos. Este enfoque requiere introducir el análisis de fenómenos y procesos sociales complejos, como las relaciones de trabajo, el género, las pautas demográficas o la movilidad social, sin olvidar el análisis institucional del cambio social, encarnado, en el caso de la Edad Moderna y de los artesanos, en la dinámica que siguieron sus asociaciones representativas, los gremios<sup>7</sup>.

---

que en pleno proceso de dismantelamiento del sistema gremial, a mediados del siglo XIX, los artesanos compensaron el debilitamiento de los reglamentos corporativos para cerrar el paso a foráneos con una potenciación de los lazos familiares y grupales; ROMERO MARÍN, J.: *Cambio social y respuesta artesana. Los menestrales barceloneses a mediados del siglo XIX*, Madrid, 2004.

<sup>5</sup> ZOFÍO J.C.: "La estructuración de las corporaciones de oficio en Castilla. El caso madrileño en el contexto castellano", en ARANDA PÉREZ, F. J., (coord.): *La Declinación de la Monarquía Hispánica en el siglo XVII. Actas de la VIIª Reunión Científica de la FEHM*, Cuenca, 2004, pp. 781-791; RUMEU DE ARMAS, A.: *Historia de la previsión social en España. Cofradías, Gremios, Hermandades, Montepíos*, Barcelona, 1981 [1ª edición de 1941], p. 185, cifra en aproximadamente medio centenar los gremios madrileños al finalizar el siglo XVII. De hecho, la crisis de esta centuria llevó aparejado un aumento de la agremiación tanto de los oficios industriales como sobre todo de los mercantiles, NIETO, J. A.: *Artesanos y mercaderes. Una historia social y económica de Madrid, 1450-1850*, Madrid, 2006, pp. 195-200. Una visión general de la industria madrileña CAPELLA MARTÍNEZ, M., *La industria en Madrid. Ensayo histórico-crítico de la fabricación y artesanía madrileña*, tomo I, Madrid, 1962.

<sup>6</sup> ZOFÍO, J. C.: *Gremios y artesanos en Madrid, 1550-1650. La sociedad del trabajo en una ciudad cortesana preindustrial*, Madrid, 2005, pp. 291-333.

<sup>7</sup> La investigación de Cerutti sobre los sastres turineses en el siglo XVII y XVIII se ha de considerar, por su refinamiento metodológico y su pormenorizado análisis contextual, un caso ejemplar de este tipo de estudios, CERUTTI, Simona: "Estrategias de grupo y estrategias de oficio: el gremio de sastres de Turín a finales del siglo XVII y principios del XVIII", en LÓPEZ, V. y NIETO, J. A., (eds): *El trabajo en la encrucijada. Artesanos urbanos de la Europa de la Edad Moderna*, Madrid, 1996, pp. 70-112. Igualmente interesante DAMBRUYNE, J.: "Guilds, Social Mobility and Status in Sixteenth-Century Ghent", *International Review of Social History*, 43 (1998), pp. 31-54.

La dificultad intrínseca que conlleva este empeño por profundizar en las estrategias que elaboraron los artesanos para afrontar las circunstancias históricas que se dieron en el siglo XVII se atempera un tanto al haber limitado el estudio a un colectivo reducido como el de los curtidores madrileños<sup>8</sup>. Las fuentes que nos informan sobre este universo, preciso y manejable, se han exprimido al máximo, hasta el punto de que se ha logrado llegar a un conocimiento bastante completo sobre la trayectoria de muchas personas de este grupo profesional. En el caso concreto de los curtidores, las pistas que nos ofrecen sobre sus actividades son tantas que no resulta descabellado rastrear su huella documental; circunstancia excepcional si se tiene en cuenta el objeto y objetivos de la investigación. Tanto la cantidad como la calidad de los datos recopilados han permitido un acercamiento a los curtidores desde tres perspectivas para llegar a esclarecer estrategias y procesos que a simple vista pasan inadvertidos: primera, la biográfica, para conocer ciclos de vida; segunda, la genealógica, para trazar trayectorias familiares; tercera, la de la red social, como manera de comprender la articulación interna del grupo<sup>9</sup>. Con esta información ha sido posible acercarnos al

<sup>8</sup> La media de curtidores activos varió a lo largo del siglo XVII. A mediados de la centuria, en 1652, el gremio alcanzó los 34 maestros, pero tanto antes, en 1625 y después, en 1706, hubo menos maestros, 23 y 10 respectivamente. No obstante, para los dos años en que aparecen los oficiales las cifras totales de curtidores son muy similares, un mínimo de 83 en 1646 y 75 en 1706, a pesar del considerable bajón del número de maestros que se experimentó en ese último año. El contexto general del curtido se puede seguir en ZOFIO, Juan C.: *Las culturas del trabajo en Madrid, 1500-1650. Familia, oficio y sociabilidad en el artesanado preindustrial*, Tesis doctoral, U.C.M., 2002, pp. 435-767 [CD ROM]. Sobre el curtido DEYÁ BAUZÁ, M. J.: "La conflictividad intergremial en el sector del cuero en Mallorca (s. XV-XVII)", en MARTÍNEZ SHAW, C., (ed.): *Historia moderna, historia en construcción. Sociedad, Política e Instituciones. Congreso del Centre d'Estudis d'Història Moderna 'Pierre Vilar' (Barcelona, 1996)*. vol. II, Lérida, 1999, pp. 71-89; GARCÍA ESPUCHE, A.: *Un siglo decisivo. Barcelona y Cataluña, 1550-1640*, Madrid, 1998, pp. 169-206; TORRAS I RIBÉ, J. M.: *Curtidores y tenerías en Cataluña: organización de un oficio preindustrial (siglos XVI-XIX)*, Barcelona, 1993. ROMERO MARÍN, J.: *La construcción de la cultura del oficio durante la industrialización. Barcelona, 1814-1860*, Barcelona, 2005, pp. 193-204.

<sup>9</sup> Los datos que se han manejado para conocer la evolución de la profesión del curtido provienen de diversos expedientes de carácter fiscal: un "Donativo" pedido a los oficios madrileños en 1625, otro solicitado en la parroquia de San Justo y Pastor en 1638 y varios repartos de soldados que se hicieron entre 1644 y 1706. Esta información se ha completado con otras listas de curtidores que se han confeccionado a partir de los protocolos notariales. Para 1625, Archivo General de Simancas (en adelante AGS), *Contadurías Generales*, libro 86 y AGS, *Contadurías Generales*, libro 112, para 1638. Para el período 1644-1706, Archivo de la Villa de Madrid (en adelante AVM), *Secretaría*, 3-425-2 (1644 y 1646); 3-426-6 (1649); 3-428-2 (1653); 3-428-3 (1654); 3-429-2 (1656); 3-429-3 (1657); 3-431-4 (1667); 3-432-1 (1673); 3-432-3 (1675); 3-432-6 (1677); 3-432-7 (1678); 3-434-1 (1706). La documentación notarial –en particular, aunque no sólo, testamentos, codicilos, capitulaciones matrimoniales, promesas de dote, recibos de pago de dote, inventarios de bienes y particiones de bienes– ha sido fundamental para reconstruir el modelo de acción social de los curtidores. Los escribanos más utilizados han sido los siguientes: Tomás de Rojas, Francisco de Galeas, Jusepe de Palomares, Pedro de Santander, Juan de Salinas, Manuel de Villagarcía, Esteban García de Oñate, Pedro de Alvarado, Gregorio Fernández de Arrién, Pedro de Baños, Juan López, Domingo Martín Crespo, Francisco Aguado, Juan Carreño, Juan de Talavera, Ventura Gómez y Sebastián Ruiz. Todos procedentes del Archivo Histórico de Protocolos de Madrid (en adelante AHPM). La masa documental de este trabajo es muy amplia –por ejemplo se analizan más de 150 testamentos y poderes para testar–, por lo cual, sería demasiado prolijo y, por consiguiente, tedioso para el lector inundar con notas a pie de página cada uno de los cuadros y tablas en la que se hace un análisis cuantitativo de los datos.

objetivo fundamental de este trabajo que consiste en describir los mecanismos y estrategias que usó el artesanado para enfrentarse al cambio social e interpretarlos en el contexto histórico del siglo XVII a través del análisis de un pequeño grupo profesional como el de los curtidores en un espacio tan rico y matizado como el madrileño<sup>10</sup>.

A pesar de la convulsión que significó para este núcleo urbano la llegada de la Corte, no fue tanto este hecho como la perspectiva de que su asentamiento iba camino de hacerse irreversible lo que colocó a los actores de la economía madrileña en la tesitura de cómo afrontar esa circunstancia. Para los curtidores se abrió un tiempo de inflexión ante las expectativas que había creado el crecimiento secular de la economía en lo que iba del siglo XVI<sup>11</sup>. La disposición ilimitada de materia prima y la apertura de un mercado de consumo local inagotable les situaba en una posición inmejorable de cara a hacer crecer sus negocios. En Madrid, el curtido generaba buenos dividendos para algunos aunque los riesgos que se asumían eran igualmente elevados. Las cantidades comprometidas en pasivos comerciales no eran pequeñas y las cantidades inmovilizadas en productos almacenados y en corambres en proceso de curtimiento solamente se compensaban con los cueros y pellejos comprados al fiado en las tablas de las carnicerías de la Villa y la Corte. Por volumen de negocio, la red comercial que abarcaba esta industria, el tamaño y mantenimiento de los lugares de trabajo y la mano de obra que necesitaba el curtido demandaba una dirección empresarial desligada del contacto directo con el trabajo.

## EL CONTROL DE LA REPRODUCCIÓN SOCIAL: MATRIMONIO Y PROFESIÓN

Hubo, entre los curtidores, una asignación de papeles en función del sexo. Sobre los hijos recaía, ante todo, el reforzamiento de lo ya conquistado por la familia, que básicamente se reducía a la actividad profesional. Por tanto, el papel de los descendientes masculinos se concretaba en ser conducto de transmisión del oficio, mientras que el abanico de posibilidades sobre el futuro de las hijas se abría más y su papel se formulaba en términos más estratégicos. Sin embargo, no debemos llevarnos a engaño respecto al alcance real de este planteamiento tan general y teórico de la asignación de roles que estaría en la base de las estrategias que desplegaban los curtidores como colectivo<sup>12</sup>. Ciclo de vida, posición social, condiciones

<sup>10</sup> Sobre las implicaciones del cambio social FRANCISCO, A. de: *Sociología y cambio social*, Barcelona, 1997 y SZTOMPKA, P.: *Sociología del cambio social*, Madrid, 1995. El potencial interpretativo del concepto de reproducción social para la historiografía en el ámbito modernista lo ha señalado CHACÓN JIMÉNEZ, F.: "Historia de grupos: parentesco, familias, clientelas, linajes", en CASTILLO, S. y FERNÁNDEZ, R., (coords.): *Historia social y ciencias sociales*, Lleida, 2001, pp. 165-183.

<sup>11</sup> La evolución económica de Madrid se puede seguir en NIETO, J. A.: *op.cit.* Las repercusiones inmediatas del establecimiento de la Corte en Madrid, ALVAR EZQUERRA, A.: *El nacimiento de una capital europea. Madrid entre 1561 y 1606*, Madrid, 1989; y a más largo plazo LÓPEZ GARCÍA, J. M., (dir.): *El impacto de la Corte en Castilla. Madrid y su territorio en la época moderna*, Madrid, 1998.

<sup>12</sup> Las decisiones que se tomaban en el seno de la familia en torno a cuestiones trascendentales en el marco de su reproducción social, como era el matrimonio, obedecían más a factores coyunturales

materiales, asentamiento en la comunidad, escalafón gremial, coyuntura económica y otras muchas variables pesaban a la hora de llevar a la práctica planes generales que afectaban al futuro de la familia. Asegurada la transmisión del oficio de padre a hijo, al resto de descendientes se les podían asignar roles muy diferentes de acuerdo a unas expectativas que dependían de los recursos disponibles.

La capacidad de maniobra de los curtidores estaba constreñida por las particularidades de su profesión, entre otras, por el capital comprometido en el negocio, lo cual tenía una influencia determinante en las decisiones que tomaban las familias sobre sus propósitos futuros más o menos inmediatos. Pero, como se ha dicho, esas mismas singularidades abrían la posibilidad al curtidor para buscar una mejora en la posición social de sus descendientes. Primero había que reforzar unas posiciones y luego, si había recursos, materiales y humanos, se podían intentar empresas mayores, porque de lo contrario, podía incluso verse comprometida la continuidad de la familia. En general, la descendencia masculina era la que realmente fijaba las posiciones conquistadas, no podía ser de otra manera en una sociedad patrilineal, donde la mujer tenía un papel secundario y era usada como instrumento de cambio para lograr fines sociales. Colectivamente, los curtidores se muestran, en principio, como un grupo bastante cerrado. El enlace entre familias pertenecientes a la profesión era, junto con el acceso a la maestría, la práctica más obvia de cuantas usaban para lograr su objetivo de mantener un acceso restringido al oficio. Los datos son concluyentes sobre este extremo. Si prescindimos de los casos dudosos, cerca de un 61 por ciento de los matrimonios de los hijos de los curtidores se realizaron con hijas de compañeros de profesión. Un porcentaje que se mantiene entre maestros sin ascendentes en el oficio y que se refuerza si se suman los enlaces con viudas de curtidores (Tabla 1). La alta mortalidad que caracterizaba el régimen demográfico antiguo chocaba con este ideal y dejaba resquicios para la entrada de savia nueva en la profesión, pero estos ingresos no modificaban los presupuestos básicos de continuidad de familias en el oficio mientras estas pérdidas fueran limitadas, ya que las bajas se podían suplir con los excedentes masculinos que hubiera<sup>13</sup>. Cabía otra brecha en el blindaje frente al exterior: un goteo lento pero incesante de hijos de curtidores que con la intención de alcanzar cotas sociales más altas no seguían en el

---

que a vagos proyectos teóricos. Se chocaba con unas circunstancias que demandaban unas respuestas que tenían más que ver con la urgencia del momento que con el planteamiento táctico que le podríamos otorgar ahora; VIAZZO, Pier Paolo y LYNCH, Katherine A.: "Anthropology, Family History, and the Concept of Strategy", *International Review of Social History*, 47 (2002), pp. 423-452.

<sup>13</sup> No hay estudios conclusivos sobre la estructura del hogar en el Madrid Moderno ni el comportamiento demográfico de su población basado en una cuantificación fiable y unos métodos con garantía. Los mayores esfuerzos son de CARBAJO ISLA, M. F.: *La población de la villa de Madrid desde finales del siglo XVI hasta mediados del siglo XIX*, Madrid, 1987 y LARQUIE, C.: "Les familles madrilènes a l'époque moderne (aspects démographiques)", en MADRAZO, S. y PINTO, V., (recop.): *Madrid en la época moderna. Espacio, sociedad y cultura*, Madrid, 1991, pp. 159-176 y "La famille madrilène au XVII<sup>e</sup> siècle", *Mélanges de la Casa de Velázquez*, XXIX (1988), pp. 139-152. Todo lo que se puede decir sobre la estructura demográfica del artesanado madrileño en la Edad Moderna es que el tamaño de los hogares es contenido pero dentro de una gran variabilidad, tanto en el número de hijos como en la composición del hogar, ZOFIO, Juan C.: *op. cit.*, (nota 6) pp. 395-414.

trabajo los pasos de sus padres. Todo ello obligaba a diseñar una estrategia conjunta para que la reproducción del colectivo se mantuviera dentro de unos cauces determinados, y qué mejor camino que el de asimilar a los examinados llegados de otros lugares a las familias ya asentadas en la profesión. A lo largo del siglo XVII, de los curtidores que tenemos datos, aproximadamente la mitad de los que no tenían relación de parentesco anterior con alguien del oficio que ejercieron en Madrid se casaron con hijas o viudas de curtidores (Tabla 1 “curtidor novel”).

**Tabla 1:** Matrimonios de curtidores

<b>Curtidor novel</b>	<b>Situación esposa</b>	<b>Hijo de curtidor</b>
25	Sin indicios	8
16	Hija de curtidor	25
7	Viuda de curtidor	9
2	Posible hija de curtidor	3
2	Posible tratante en el Rastro u obligado	7
1	Tratante en el Rastro	4
1	Obligado abastecimiento	1
0	Viuda de tratante en el Rastro	1
1	Viuda de zapatero	0
55	Casos	58

Mientras que el tiempo que los maestros permanecían viudos era mínimo -de hecho, solamente testaron ocho curtidores viudos frente a los sesenta y uno que lo hicieron estando casados-, entre las mujeres que hicieron testamento, en cambio, la proporción entre casadas y viudas está mucho menos desequilibrada (60,6 por ciento frente a 39,4). Pocas viudas de curtidores se casaban con personas ajenas al oficio. En su mayor parte volvían a casarse con curtidores o simplemente no contraían matrimonio de nuevo. De esta manera, se evitaban en gran medida la dispersión de los patrimonios de las familias y la desaparición de los negocios. En efecto, bastantes viudas entraron sin ninguna dificultad en el mercado matrimonial en clara competencia con las solteras, hasta el punto de que un 20 por ciento de curtidores se casaron con viudas de compañeros de oficio (Tabla 1). Por supuesto, hubo viudas que enlazaron con hombres de fuera de la profesión, en muchos casos ganando en proyección social, pero fueron las menos; la mayor parte contrajeron nuevas nupcias con maestros ex-compañeros de sus difuntos maridos (Tabla 2).

**Tabla 2:** Matrimonios de viudas de curtidores

Matrimonio de viuda de curtidor con:	
Curtidor .....	16
Otro oficio .....	6
Matrimonio de viuda de otro oficio con:	
Curtidor .....	3
Matrimonio de viuda posiblemente de curtidor con:	
Curtidor .....	5

Parece, sin embargo, que muchas mujeres que enviudaron no se vieron en la necesidad de casarse, más aún, algunas de ellas se hicieron cargo de la continuidad del negocio familiar. Frente a lo que ocurría en otros colectivos, entre las mujeres de curtidores la viudedad no significaba caer irremisiblemente en las garras de la pobreza<sup>14</sup>. Al contrario, muchas de estas mujeres fueron competitivas empresarias del curtido aún en un mundo, como el laboral, profundamente hostil hacia la presencia de la mujer<sup>15</sup>. Aún así, aunque los curtidores tuvieron que habituarse a convivir con mujeres en su profesión, no parece que les pusieran las cosas demasiado fáciles porque ni la costumbre ayudaba ni la normativa jugaba a favor de ellas<sup>16</sup>. Una mujer que quisiera dirigir una tenería debía tener, por exigencia de la reglamentación, una persona diestra para curtir la corambre y que fuera, por supuesto, hombre. Si el ejercicio de la actividad curtidora por parte de viudas fue posible para que se minimizara el riesgo de perder el elevado capital comprometido en el proceso de producción, no deja de ser cierto que esta posibilidad estuvo sumamente controlada por el colectivo<sup>17</sup>.

<sup>14</sup> ZOFIO, J.C.: *op. cit.*, pp. 435-437. Muchos padrones municipales de la Edad Moderna dan cuenta de este hecho y la bibliografía lo ha recogido ampliamente al analizar la estructura social de localidades castellanas. El caso vallisoletano estudiado por Bennassar fue pionero en este tipo de estudios, BENNASSAR, B.: *Valladolid en el Siglo de Oro. Una ciudad de Castilla y su entorno agrario en el siglo XVI*. Valladolid, 1983, pp. 180-181. Fuera de estos estudios cuantitativos, resultan particularmente interesantes los testimonios de las situaciones de viudas de trabajadores madrileñas recogidos en LÓPEZ, V.: *El cepo y el torno. La reclusión femenina en el Madrid del siglo XVIII*. Madrid, 2009, pp. 20-21 y 70-72. Quizás la idiosincrasia de la industria curtidora pueda explicar las semejanzas en el papel jugado por las viudas de curtidores en contextos históricos y geográficos diferentes como el del Londres medieval y el del Madrid de la Edad Moderna KEENE, D.: "Tanners' Widows, 1300-1350", en BARRON, C. M. y SUTTON, A. F. (eds.): *Medieval London widows, 1300-1500*. London y Rio Grande, 1994, pp. 1-26.

<sup>15</sup> CROWSTON, C. H.: "Women, Gender, and Guilds in Early Modern Europe: An Overview of Recent Research", *International Review of Social History*, 53 (2008), Supplement, pp. 14-44.

<sup>16</sup> Ejemplos de este proceder en NIETO, J. A.: *op. cit.*, pp. 239-240.

<sup>17</sup> Un claro ejemplo de esta circunstancia fue el proceder que tuvo el oficio respecto a la pretensión de Juana de Gamboa, viuda del curtidor Gaspar Díaz, de mantener la tenería familiar a pleno rendimiento. En principio, la continuidad del negocio en manos de una mujer no presentaba mayores inconvenientes, así se había hecho en otras ocasiones y así estaba previsto por la reglamentación. Únicamente saltaron las alarmas cuando la viuda pretendió casarse con una persona ajena al oficio. Fue entonces cuando el gremio opuso resistencia a la continuidad del negocio por el temor a que esos activos escaparan del ámbito del colectivo profesional, AHN, *Consejos*, Libro 1245, fol. 283, 16 de noviembre de 1660. Juana de Gamboa enviudó nuevamente en 1661 y volvió a casarse por cuarta vez, entorno al año 1676, en esa ocasión con el curtidor Manuel de Rivas el Mayor. Previamente, en octubre de 1667, dejó la actividad



Que se pusieran una y otra vez delante de los escribanos para otorgar escrituras, que cerraran tratos y negociaran en pie de igualdad con los hombres no son hechos gratuitos, como tampoco lo era que se titularan ante los notarios como “tratantas de curtidor” sin ningún recato, a pesar de los obstáculos que ponían las ordenanzas para no dejarlas en la dirección más que para liquidar el negocio heredado. En algunos años, aparecieron muchas mujeres en las listas del reparto interno que hacía el gremio de curtidores para la contribución que debían hacer sus miembros a las milicias, tal y como hacían el resto de oficios madrileños. Si en 1667 aparecían diez mujeres en los listados del reparto, en 1695 la relación entre mujeres y hombres a favor de estos últimos era sólo de dos a tres<sup>18</sup>. La posibilidad que se le abría a la viuda curtidora, no hacía sino cerrar el círculo de la estrategia de continuidad en la profesión. Las alternativas de la mujer en ese mundo podían ser más amplias que las existentes en otros colectivos y cobraban todo su sentido cuando se inscriben en una tendencia hacia el mantenimiento de una política equilibrada de reposición de los cuadros del oficio.

En resumen, las estrategias matrimoniales lograban un control de la reproducción social de los curtidores, en el sentido de perpetuación de las familias en el oficio. Era lógico que en un sistema social como el estamental, se mezclaran prácticas endogámicas mediante matrimonios “arreglados” entre suegros con un alto grado de homogamia profesional, que privilegiaba las cualidades personales adquiridas, como el oficio, frente a las adscritas. Parece que las restricciones eran máximas en cuanto se refiere a las posibilidades de los hijos para elegir esposa, mientras que se relajaban en el caso de las hijas y permitían su movilidad a través de su entrada en un mercado matrimonial menos normativo y más libre de trabas sociales que el de sus hermanos. La pérdida de efectivos se paliaba acudiendo a enlaces con personas con vínculos con el curtido en razón del origen geográfico o las relaciones comerciales, aspectos que en muchos casos iban intrínsecamente unidos.

**Tabla 3:** Nuevos maestros entre 1646 y 1704

	1646-1653	1676-80	1697-1704	1646-1704	
Hijos maestros	10	5	8	23	23
No hijo maestro	5		5	10	20
Dudoso	9		1	10	

curtidora en manos de su hijo Gaspar Díaz, por no contar con un maestro examinado en su tenería, después de ser advertida y denunciada por los alcaldes de Casa y Corte, un dato más que apoya que la reglamentación era más severa que los hábitos establecidos entre los curtidores, AHPM, Prot. 9667, fols. 307-308v, 21 de octubre de 1667. Juana de Gamboa testó tres veces, una en 1678 y dos veces en 1681, AHPM, Prot. 9672, fols. 160-162v, 1 de septiembre de 1678; AHPM, Prot. 12324, fols. 916-919, 8 de noviembre de 1684; AHPM, Prot. 12324, fols. 924-929v, 9 de noviembre de 1684.

<sup>18</sup> AVM, *Secretaría*, 3-431-4 (1667). El de 1695 procede de una inspección de tenerías hecha por la Sala de Alcaldes de Casa y Corte, AHN, *Consejos*, Lib. 1280, fol. 111.

**Tabla 4:** Edad entrada a la maestría entre 1646 y 1704

	1646-1653	1676-80	1697-1704	1647-1704
Nuevos maestros	24,8	21,4	18,3	22,7
Hijos maestros	23,8	21,4	17,2	20,9
Hijos no maestros	25,8		24,0	25,6
Diferencia	2,0		6,8	4,7

Este modelo táctico de enfrentarse a la evolución de la profesión se complementaba con un reclutamiento restringido de maestros. El análisis de los exámenes de curtidores que se han localizado en los protocolos notariales en el siglo XVII, demuestra que ser hijo de maestro otorgaba ventajas evidentes para promocionarse en el oficio y llegar al escalón superior del gremio a una edad más temprana (Tablas 3 y 4).

### **COLECTIVO PROFESIONAL Y RECONOCIMIENTO SOCIAL EN TIEMPOS DE CRISIS: HONOR, RELIGIOSIDAD Y MILICIA**

Entre los curtidores, al igual que en el resto de profesiones y grupos sociales, el dinero era la carta de presentación para poder obtener una mejora en su consideración social. Había, no obstante, una diferencia sustancial que les separaba de la mayoría de los artesanos, a saber, la posibilidad que tenían de hacer dinero a través del ejercicio de su actividad profesional. Junto a ello, el relativamente elevado capital dedicado a infraestructuras y acopio de materias primas significaba una mayor probabilidad de quiebra. Riesgos evidentes y pingües beneficios eran, por tanto, las dos caras de la actividad del curtido. El enriquecimiento siendo una condición necesaria para que los curtidores pudieran escalar posiciones sociales no era la única, antes era aconsejable borrar de la huella social aspectos que pudieran ser controvertidos, y en este punto partían con una notable desventaja. Seguramente en esa dirección iban dirigidas algunas iniciativas con las que los curtidores intentaron sacudirse la vertiente manual de su actividad y hacer olvidar sus controvertidos antecedentes religiosos.

Desligarse de un estatus no era tarea fácil en la sociedad estamental. Desprenderse de la vileza que traía aparejada el trabajo manual necesitaba de una larga penitencia y sólo el paso del tiempo podía hacerla desaparecer o, por lo menos, difuminar. Una sola trayectoria individual no solía dar de sí para lograr un ascenso social perceptible. La movilidad ascendente en el Antiguo Régimen era una cuestión que atañía al grupo familiar y obligaba a una planificación concienzuda de las relaciones y apoyos sociales para que acabara con éxito<sup>19</sup>. En el caso del curtido, sus practicantes debían redoblar sus esfuerzos para ganar estatus por los obstáculos de carácter religioso y social que arrastraba la profesión, consecuencia de sus coqueteos con el mundo converso

<sup>19</sup> CHACÓN JIMÉNEZ, F.: *op. cit.*, pp. 171-173.

y las connotaciones denigrantes que tenía el ejercicio de su oficio<sup>20</sup>. A mediados del siglo XVII el curtidor, al haberse oscuros más en empresario que en trabajador, había conseguido distanciarse en cierta medida de la labor manual y librarse del contacto con materiales tan “contaminados socialmente”, como los que manipulaba. Para el colectivo era algo evidente. Había maestros que nunca habían “puesto mano en el noque”, que se dedicaban a gestionar la tenería y organizar el trabajo de una mano de obra heterogénea<sup>21</sup>.

Si las acusaciones sobre la vileza del oficio se intentaron sortear exhibiendo una vertiente más empresarial que trabajadora, la participación activa y comprometida en los espacios religiosos que estaban a su alcance fue el antídoto frente a las sospechas sobre un pasado “manchado”, ligado a unos antecedentes conversos. Cabe considerar normal que muchos hijos e hijas de curtidores dirigieran sus pasos a la religión, pero sorprende un poco más que se mostraran tan fervientes militantes del catolicismo más ortodoxo. La iglesia de San Millán, creada como anejo a finales del siglo XVI para descargar de trabajo a la populosa parroquia de San Justo y Pastor, fue prácticamente monopolizada por los vecinos del barrio del matadero hasta el punto de convertirla en un espacio de sociabilidad y religiosidad casi propio. Así se promovió la fundación de la sacramental de San Millán, en clara competencia con la de su parroquia madre. Los curtidores más distinguidos, junto con otros elementos carismáticos del Rastro salidos de las filas del abastecimiento, se convirtieron en patrocinadores y principales animadores de la sacramental de la ayuda de San Justo y Pastor; no en vano, estuvieron presentes en su fundación allá por el año 1610<sup>22</sup>. Hasta ese momento las adscripciones piadosas de los curtidores habían sido las normales de cualquier colectivo de su clase: participaban en las cofradías profesionales, asistenciales y religiosas, compartían con los zapateros el culto a San Crispín y San Crispiniano y con los vecinos de su parroquia la sacramental. De esta manera tenían cubiertas todas las necesidades que un buen artesano católico castellano pudiera tener: la asistencia social que facilitaba, en sus diversas vertientes, la cofradía profesional, las obligaciones de culto, devoción y acompañamiento en los entierros que proporcionaba la sacramental y la participación en las procesiones del Corpus y Semana Santa, a través de las penitenciales<sup>23</sup>.

<sup>20</sup> ZOFÍO, J. C.: “La vileza en el trabajo y su repercusión sobre la movilidad social en el mundo artesanal castellano en el siglo XVII”, en CASTILLO, Santiago y OLIVER, Pedro, (coords.): *Las figuras del desorden. Heterodoxos, proscritos y marginados. Actas del V Congreso de Historia Social de España. Ciudad Real, 10 y 11 de noviembre de 2005*, Madrid, 2006, [CD-Rom].

<sup>21</sup> ZOFÍO, J. C.: “Estructura laboral de los curtidores madrileños, 1590-1700”, en *El trabajo y la memoria obrera. Actas de las IX Jornadas de Castilla-La Mancha sobre investigación en archivos. Guadalajara, 27-30 de abril 2009*, Guadalajara 2011 [CD-Rom]

<sup>22</sup> En “el sitio que llaman Las Peñuelas, cerca el río de esta dicha villa, encima de una cueva y ermita que llaman Nuestra Señora de la Peña de Francia y conmemoración de las Ánimas de Purgatorio”, AHPM, Prot. 2212, fols. 996-997vº, 28 de diciembre de 1610.

<sup>23</sup> SÁNCHEZ DE MADARIAGA, E.: “La eclosión de cofradías penitenciales en Madrid. los cofrades, la disciplina pública y los entierros (1505-1630)”, en ARANDA DONCEL, J.: *Actas del III Congreso Nacional de Cofradías de Semana Santa*, tomo I, Historia, Córdoba, 1997, pp. 209-221.

Sin embargo, la congregación más característica en la que se volcaron los curtidores, y una de las más representativas del Barroco madrileño, fue la del Santo Cristo de las Injurias. Su origen estuvo en el famoso auto de fe que se celebró en Madrid en julio de 1632 que actuó como catalizador de la efervescencia piadosa que agitó la Villa y Corte en la década de 1630. La cuestión judía, que ya parecía olvidada, tomó nuevo brío ante la militancia católica de la sociedad madrileña<sup>24</sup>. La cofradía del Santo Cristo de las Injurias nació como consecuencia de las nuevas formas de piedad surgidas en el ambiente antijudío de esos años, y si algún grupo participó en ellas con fervor, éste fue el de los curtidores, seguramente para evitar cualquier sombra de sospecha que pudiera recaer sobre ellos a causa de sus antecedentes religiosos. Mandas y legados a la cofradía se suceden. No hubo curtidor, desde el segundo tercio del siglo XVII, que no reservara un hueco en su testamento para el cristo injuriado, a la par que algunos de ellos copan mayordomías y otros cargos<sup>25</sup>.

Desde mediados del siglo XVII, los curtidores encontraron en la milicia otra manera de ganar en valoración social. Fue a partir de esas fechas tan funestas para la población castellana, enredada en los utópicos proyectos de reputación y prestigio que perseguía la Monarquía Hispánica, cuando los artesanos, reclutados para formar parte de las compañías de los ejércitos, entrevieron en la tenencia de oficios militares una posibilidad de ganar reconocimiento. Las décadas centrales del siglo XVII fueron fundamentales en este proceso de militarización de la población castellana, cuando se pasó de la libertad para enrolarse en las filas de los ejércitos hispánicos a la obligatoriedad de prestar servicio, para después trocar esa participación directa en la guerra por una contribución con fondos para la leva de milicias. Sin embargo, el corto período de tiempo -menos de diez años, entre 1638 y 1646- en que fue obligatorio para los artesanos madrileños prestar servicio caló hondo en su idiosincrasia. Desde mediados de siglo, se hizo habitual el paso de artesanos por el ejército y, en particular, entre los curtidores se hizo corriente la posesión de oficios militares y cortesanos que, fuesen cuales fuesen sus obligaciones con ellos, compatibilizaban con el ejercicio de su profesión<sup>26</sup>.

<sup>24</sup> PULIDO SERRANO, I.: *Injurias a Cristo. Religión, política y antijudaísmo en el siglo XVII*, Universidad de Alcalá, 2002, pp. 292-311.

<sup>25</sup> Muchos se entierran en San Millán bajo la "bóveda del Santo Cristo de las Injurias". Baste como ejemplo, AHPM, Manuel de Rivas el Mayor, Prot. 12324, fols. 904-907v, 28-x-1684, se entierra en San Millán bajo la bóveda Cristo de las Injurias, ha sido en diversas ocasiones diputado de la cofradía y la tiene en cuenta en sus mandas; AHPM, Prot. 7766, fols. 1-4, 23-i-1671, testamento de Juan Casado, esclavo y hermano de la congregación, manda la sepultura en la capilla mayor del Santo Cristo de las Injurias. Igualmente las mujeres curtidoras participaban de esta particular devoción, un ejemplo: María Bayo, AHPM, Prot. 9675, fols. 213-227v, 8-xi-1684. Algunos curtidores mayordomos y diputados de la congregación: Alonso de Mella y Francisco Díaz en 1646; AHPM, Prot. 24876, fols. 101-v, 26-ix-1646; Manuel de Rivas en 1674, AHPM, Prot. 10650, fols. 599-600, 27-viii-1674; Manuel del Val, Manuel Bayo y Juan de Navas, en 1675, AHPM, Prot. 10650, fols. 990-v, 23-xii-1675. Marcos Enamorado en 1665; AHPM, Prot. 9666, 337-v, 10-xi-1665, Francisco Sánchez Garnica y Bartolomé Díaz, vecinos de Valmojado, jurisdicción de Casarrubios, venden a Marcos Enamorado una custodia grande bronce sobredorada para el adorno y culto divino de la iglesia de san Millán.

<sup>26</sup> Curtidores con oficios militares: Martín Alonso, soldado de la guarda alemana, AHPM, Prot. 7766, fols. 22-24v<sup>o</sup>, 16 de octubre de 1671, su testamento; Felipe de Oñate, montero de Su Majestad, AHPM,

## LA REPOSICIÓN DEL OFICIO EN EL SIGLO XVII

El año de 1625 parece ser un punto de inflexión en la existencia del oficio, en el que convergen familias activas desde finales del siglo XVI con otras nuevas, que formarán su columna vertebral hasta bien entrado el siglo XVII. Habrá que esperar a la generación de 1640 para que surja un significativo y duradero aporte de familias. A partir de este momento las altas y bajas se sucederán de forma continua hasta llegar a la década de los noventa cuando, coincidiendo con una reducción en el número de maestros curtidores, se advierte que ese cambio sosegado ha surtido efecto. A finales de la centuria subsisten pocas familias de las activas en los años centrales, de manera que el núcleo del oficio lo han pasado a formar las familias que han ido apareciendo desde mediados de siglo en adelante. No obstante, la alta renovación que se sitúa en torno al 70 por ciento a principios del siglo XVIII, perceptible por el gran número de viudas y nuevos nombres que hay en el recuento de tenerías que se realiza en 1695, no deja de ser producto de una crisis momentánea de mortalidad, parcialmente solventada por las reservas humanas aún existentes en el grupo de familias que domina la profesión en los últimos años del siglo XVII<sup>27</sup>.

**Tabla 5:** Renovación del oficio de curtidor, 1625-1706<sup>28</sup>

	1625	1638	1646	1656	1667	1677	1681	1691	1695	Renovación
1638	52.6									47.4
*1646	26.7	12.5								60.8
*1656	8.0	0.0	36.0							56.0
*1667	0.0	0.0	15.1	18.2						66.7
*1677	0.0	0.0	15.0	20.0	30.0					35.0
1681	0.0	0.0	5.0	20.0	20.0	35.0				20.0
1691	0.0	0.0	7.1	7.1	7.1	35.7	14.3			28.7
1695	0.0	0.0	0.0	0.0	13.3	6.7	6.7	20.0		53.3
*1706	0.0	0.0	0.0	0.0	0.0	0.0	10.0	10.0	10.0	70.0

\* Datos procedentes de repartos de soldados. Los de 1638 de AGS, Contadurías Generales, Libro 112; Los de 1681 y 1691 confeccionados con escrituras notariales y los de 1695 de AHN, *Consejos*, Lib. 1280, fol. 111.

Prot. 9675, fols. 67-72vº, 27 de mayo de 1684, pago de dote de Mariana Méndez. Entre los diez maestros curtidores que refleja el reparto de 1706, cuatro de ellos eran soldados de la guarda española y otros dos eran monteros de Su Majestad. AVM, *Secretaría*, 3-434-1, reparto del soldado de los curtidores de 1706.

<sup>27</sup> Inspección de tenerías de 1695 hecha por la Sala de Alcaldes de Casa y Corte, AHN, *Consejos*, Lib. 1280, fol. 111.

<sup>28</sup> Los datos de la tabla 6 se leen de la siguiente manera: en 1638 queda un 52.6 por ciento de los curtidores que había en 1625. En 1646 queda un 26.7 por ciento de curtidores de los que había en 1625 y un 12.5 de los que aparecen en 1638, por lo tanto permanecen un 39.2 por ciento (acumulado) de los que había en 1638, y así sucesivamente.

Lo normal es que la tasa de renovación se sitúe entre un 35 y un 65 por ciento, todo lo que sea mayor que ese porcentaje, como en 1667 y 1706, o menor, como en 1681 y 1691, es una clara anomalía (tabla 5). La elevada reposición de 1706, fue el resultado de la alta mortalidad que se da entre los curtidores a finales de siglo, consecuencia, a su vez, de la longevidad que habían alcanzado algunos curtidores de la generación de 1667. En ese año el colectivo de curtidores alcanzó su máximo desarrollo cuantitativo para luego ir disminuyendo hasta situarse alrededor de la veintena. Fue, sin duda, esta circunstancia la que hizo que hubiera muchos curtidores noveles ese año.

Así como la explicación de los años en que se dispara la tasa de renovación remite a lo sucedido con anterioridad, los índices más bajos son consecuencia directa de la entrada en masa de nuevos curtidores en poco tiempo. A esta circunstancia obedece la continuidad que se registró en el período que va entre 1667 y 1691, que coincidió, y ello lo explica en parte, con el mencionado descenso del número de miembros del oficio entre 1667 y 1673 y la subsiguiente estabilización (33 en 1667, 19 en 1673, 20 en 1677, 21 en 1678 y 20 en 1681). Si la permanencia de curtidores entre 1677 y 1681 (35 por ciento) se puede considerar lógica dados los pocos años que median entre ambas fechas, no lo es tanto que a principios de la década de los ochenta perduraran un 20 por ciento de los que estaban en 1656 y otro 20 por ciento de los que estaban en 1667. Aún diez años más tarde la renovación no había sido completa. Dos circunstancias mediaron para que se diera tan anormal estabilidad: la primera, un aplazamiento del reemplazo lógico en el oficio y, la segunda, una reducción drástica de sus efectivos en 1691.

Así pues, los casos extremos de longevidad y dedicación al trabajo del curtido, que en buena parte corresponden a viudas que mantuvieron activo el negocio de sus maridos, tienden a desdibujar una tendencia más uniforme del tiempo que los maestros permanecían activos. Por regla general, pocos curtidores ejercían su profesión, por lo menos como maestros, por un período mayor de quince años. De la muestra de curtidores que aparecen en las listas fiscales desde 1625 en adelante, poco más del 60 por ciento trabajaron entre cuatro y quince años, y dentro de este grupo, la mitad se repartieron entre los que estuvieron activos entre cuatro y nueve años y la otra mitad entre diez y catorce. Sin embargo, hay otros muchos (casi un 40 por ciento) que estuvieron entre noques y pellejos más de diecisiete años. Cada generación se agota aproximadamente a los treinta años, aunque no siempre todas ellas tuvieron el mismo peso en el conjunto de la trayectoria del colectivo, pues algunas cohortes, gracias a la longevidad de sus componentes, destacaron sobre otras. Por ejemplo, la generación de curtidores que comienza su singladura entre 1638 y 1646 sustituye en un porcentaje que se acerca al 60 por ciento a la que había en 1638 y además mantiene una presencia notable casi cuarenta y cinco años después. Otra remesa de curtidores que tuvo una importancia especial fue la que entró entre 1657 y 1667, que no sólo aportó un 70 por cien de los nuevos efectivos del año 1677, sino que seguía presente con fuerza treinta años más tarde.

## EL CARÁCTER DE LA RED SOCIAL DE LOS CURTIDORES

En general, se detecta una reposición tranquila y continua de familias curtidoras a lo largo del siglo XVII. Causas naturales, como la muerte, y causas sociales, como la movilidad, estaban en la base de la renovación de apellidos, pero, mientras los apellidos y las familias podían variar, permanecían otras pautas básicas del comportamiento social del grupo como la cohesión, la jerarquía, la existencia de perspectivas para medrar, la “endotecnia” -definida como cierre del grupo profesional a la entrada de elementos ajenos a él impulsado a través de diversas estrategias familiares o laborales-. El linaje, la clientela y el patronazgo, instituciones sociales sobre las que se apoyaban los grupos privilegiados para organizarse socialmente, quedaban bastante lejos de los intereses sociales de los artesanos. Sin mediar un mayorazgo, el linaje se veía debilitado en la práctica. Tampoco los vínculos clientelares y de patronazgo tenían mucha utilidad ya que resultaban demasiado rígidos y poco adecuados para articular y expresar todas las relaciones cruzadas que se daban entre los curtidores y entre ellos y otras personas ajenas a su mundo profesional. No era la del curtido una profesión como, por ejemplo, la sartorial, donde el artesano frecuentaba una clientela de altos vuelos, de la que podía surgir una relación provechosa para ambas partes<sup>29</sup>. Las clientelas de los poderosos se ramificaban hasta donde llegaban sus intereses políticos y de representación social, y los curtidores estaban muy alejados de ese entramado.

En realidad, el círculo de sociabilidad de los curtidores era bastante restringido, a pesar de la notable amplitud de sus contactos económicos. Ciertamente, los lugares con los que mantenían relaciones comerciales fluidas sirvieron de semillero de sirvientes y criados que se incorporaron a las unidades domésticas de los curtidores madrileños e, incluso, de mujeres que se casaron con ellos y de hombres que pasaron por sus tenerías, algunos en viajes de ida y vuelta, y otros para asentarse y hacerse un hueco por derecho propio entre los maestros del oficio. Pero más allá de este horizonte comercial, gran parte de los curtidores de la Villa nacían, trabajaban, se casaban y morían en el barrio del Rastro. Su círculo de amistades se nutría principalmente de personas del oficio o vinculadas a las actividades del Matadero.

El caso de los curtidores es un claro ejemplo de la doble cara que puede tener el proceso de socialización para perpetuar o transformar el devenir histórico, cualquiera que sea el margen que se conceda a la acción. Por un lado, interiorizaban valores y aprendían normas y, por otro, descubrían las incoherencias de un sistema social como el vigente en el siglo XVII. Desde adolescentes frecuentaban a los que iban a ser sus colegas de trabajo en un futuro no muy lejano, porque no hay que olvidar que la andadura profesional de los curtidores comenzaba a una edad muy temprana. En su juventud aprendían en el barrio a pasar de puntillas por ciertos aspectos de su pasado que, sin saber exactamente por qué, convenía que no fuesen demasiado aireados. Se acostumbraban a convivir con una violencia un tanto gratuita, mezcla resultante de un código de honor excesivo y una familiaridad con herramientas que se prestaban con demasiada facilidad a ser usadas como armas, y, por supuesto, se habituaban a

<sup>29</sup> Zofío, J. C.: *op. cit.*, pp. 497-500.

reconocer los límites que la sociedad les imponía y las oportunidades que el trabajo les ofrecía. La pareja se buscaba en el oficio, el barrio, los lugares de origen y la zona donde se tenían tratos, por este orden<sup>30</sup>.

A tenor del análisis de datos que pueden medir de alguna manera aspectos tan difíciles de aprehender en el pasado como la fidelidad, la amistad o el compañerismo, hay que concluir que la red de relaciones de los curtidores era restringida y sólida. La red social que les proporcionaba el barrio del Matadero cubría sus expectativas tanto para ejercer su actividad económica diaria como para desarrollar sus pautas de sociabilidad, pero era un lastre a la hora de encontrar valedores que les pudieran introducir en círculos sociales más amplios y no se compensaba con la red compuesta por sus clientes y proveedores, sin duda, más extensa espacialmente pero, igualmente, de escasa proyección social. La red de los curtidores se orientaba principalmente a la búsqueda de una solidaridad efectiva y segura que cobraba todo su sentido, en el plano individual, en la necesidad de conservar una posición social, pero que limitaba la base de apoyos que pudieran ser utilizados estratégicamente para obtener un capital social de cara a una posible promoción. De ahí que los curtidores no renunciaran a presentar sus credenciales para mejorar posiciones, pero esta posibilidad se la tomaban más como una carrera de fondo que de velocidad.

La cohesión de los curtidores se estimulaba de diversos modos. Uno, fundamental, era el fomento de una red de crédito que, por su extensión y difusión, trascendía el plano individual para alcanzar un valor sistémico, que solventaba los puntuales momentos de escasez de dinero<sup>31</sup>. Pero este tipo de solidaridad no era la única manera de animar al compromiso colectivo. Igualmente decisivos se mostraban los usos y costumbres en el ejercicio de la profesión. En este apartado se encuentran un gran número de prácticas que, comenzando por la asignación de cupos de corambre y terminando por la cerrada defensa de los intereses colectivos comunes frente al resto de profesiones del sector del cuero, conformaban un modelo de acción muy definido, enfocado a la continuidad de una manera de organizar el oficio que conjugaba la jerarquía con la cohesión<sup>32</sup>. Una prueba concluyente de la vigencia y funcionalidad

<sup>30</sup> Hasta tal punto era obsesiva esta relación entre trabajo y vida cotidiana que la tenería, llegado el caso, se podía convertir en escenario de la ceremonia matrimonial. Alonso Sánchez y Catalina de Zurita, se casan “en la Tenería, casas de Melchor Hernández, no habiéndose hecho más una amonestación de las tres que manda el santo concilio por cuanto en las otras dos dispuso el señor obispo”. La ceremonia la ofició el teniente cura de san Justo y Pastor, en virtud de un mandamiento del vicario de Madrid, ante Juan Díaz, notario, de 17 de enero de 1641. AGULLÓ, M.: “Más documentos sobre impresores y libreros de los siglos XVI y XVII”, *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, VIII (1972), pp. 159-172, en p. 168.

<sup>31</sup> ZOFIO, J. C.: “El crédito en la industria castellana” en GARCÍA GUERRA, E. M. y DE LUCA, G., (dir): *Il mercato del credito in età moderna. Reti operatori finanziari nello spazio europeo*, Milán, 2009, pp. 49-70.

<sup>32</sup> Universal parece en el mundo del curtido PONI, Carlo: “Local market, rules and practices. Three guilds in the same line of production in Early Modern Bologna” en *op. cit.*, pp. 69-101. MERLO, E.: “El trabajo de las pieles en Milán en los siglos XVII y XVIII: entre el divorcio y la unión corporativa”, en LÓPEZ, V. y NIETO, J. A., (eds.): *op.cit.*, pp. 179-202, en pp. 191-193. El caso de Madrid se puede seguir en ZOFIO, J. C.: “Proceso productivo y sociabilidad artesanal en Madrid durante la Alta Edad Moderna”, en PEREIRA, J. L. y GONZÁLEZ BELTRÁN, J. M. (eds.): *Felipe II y su tiempo. Actas de la V*



de este comportamiento colectivo la tenemos en la reposición escalonada y constante de curtidores a lo largo del siglo XVII. A su vez la red de parentesco consolidaba y sellaba la cohesión del colectivo con la fuerza que proporcionaban los casamientos.

El entramado de relaciones de los curtidores va siempre por esos derroteros y cualquier análisis que nos permiten las fuentes para acercarnos a este terreno así lo confirma. Al escoger el examen de las testamentarias como forma de aproximación a la red social de un grupo no hacemos sino seguir un esquema de trabajo ya probado en otras investigaciones. Contamos con la fortuna de haber obtenido un número bastante alto de testamentos que nos permiten trascender los casos individuales para extrapolarlos al colectivo. La división entre hombres y mujeres parece pertinente pero lo es más la separación entre hombres casados y viudos, y mujeres casadas y viudas. Lo previsible emerge claramente. Estando casados, los hombres y mujeres del curtido confiaban en su cónyuge para hacer cumplir sus testamentos, mucho más que en cualquier otra persona a la que les uniera cualquier grado de parentesco o condición profesional (tabla 6). Después hermanos, cuñados y yernos eran por este orden los elegidos como albaceas entre los hombres, mientras que el orden se invierte en el caso de las mujeres, que prefieren a los hijos cuando son viudas y a los suegros cuando son casadas. Tampoco caben sorpresas en cuanto al alto volumen de curtidores que aparecen entre los albaceas, si bien conviene aclarar que las viudas también optaban por curtidores en un porcentaje bastante elevado, seguramente porque al seguir en la dirección de los negocios estaban en estrecho contacto con los que fueron colegas de sus maridos.

**Tabla 6:** Albaceas testamentarios de curtidores. Siglo XVII

	Hombres		Mujeres	
	Casados	Viudos	Casadas	Viudas
Cónyuge	54	0	39	0
Curtidor	35	6	14	19
Hermano	22	1	7	11
Cuñado	19	0	13	7
Hijo	16	0	7	20
Yerno	11	0	1	9
Pariente	4	1	10	7
Suegro	5	0	13	2
Oficio relacionado con el abastecimiento	4	3	2	2
Padre	4	1	1	0
Religioso	2	1	5	8
Sobrino	2	1	4	3

*Reunión Científica AEHM*, t. II, Cádiz, 1999, pp. 219-228.

Primo	1	0	1	2
Nieto	0	0	0	2
Otro	14	7	15	2

Muestra: 135 testamentos de maestros curtidores (69) y mujeres de maestros curtidores (66), entre 1600 y 1704.

No obstante, la reducción a parámetros cuantitativos de las relaciones sociales que se desprenden de la elección de los albaceas constituye una forma muy limitada de analizar la red social de un grupo profesional como el de los curtidores. La representación estadística de los roles o atributos -relación de parentesco, en primer lugar, y profesión, en segundo- de los testamentarios no muestra más que una parte de las relaciones que tiene un curtidor; hasta el punto de que, puede esconder o mitigar la naturaleza variada que sustenta la identidad social de los actores. Los lazos familiares y profesionales se entrecruzan constantemente, pero lo mismo cabe decir sobre el parentesco y la vecindad o la vecindad y la profesión. Las necesidades y peculiaridades del análisis estadístico simplifican enormemente los elementos que entran en juego en la maraña de las relaciones sociales. Entre otras, es ésta una de las razones por las cuales el análisis social basado en atributos se muestra poco sensible a la hora de entender un mundo tan complejo, matizado y relacional como el de la interacción social<sup>33</sup>.

La conclusión más importante que se puede sacar del análisis cuantitativo de las testamentarias de los curtidores es que si se hubiera superpuesto la condición profesional a la familiar, los resultados hubieran sido absolutamente sintomáticos sobre la aplastante presencia del oficio en las relaciones sociales de los curtidores. A cónyuge, hijo, hermano, cuñado habría que añadir en la mayoría de los casos cónyuge y curtidor, hijo y curtidor, hermano y curtidor, cuñado y curtidor, lo cual no hace sino ahondar en lo que se ha venido diciendo, que la red social de los curtidores se cierra sobre sí misma y que cuando se abre es para hacerlo poco más allá, a los oficios del abastecimiento y del cuero que tanto abundan en la parroquia de San Justo y Pastor. Sólo unos pocos son escribanos, alguaciles u oficiales de baja categoría del ayuntamiento y los consejos, sólo unos pocos tienen profesiones que exigen una cierta preparación intelectual -escribanos, notarios o cirujanos- o unos recursos económicos por encima de la media -mercaderes, maestros de hacer coches, pasteleros o bodegoneros-. Y tampoco en esta ocasión se puede pasar por alto que, profesión aparte, muchos tienen relaciones de parentesco con los testadores. Lo cierto es que la categoría social de los albaceas testamentarios pocas veces es inferior a la del curtidor, si bien tampoco la distancia habitual entre testador y albacea es demasiado significativa. Este entramado, reflejo de la aparente falta de proyección de los artesanos, se presenta por otra parte estable y sólido, adecuado para preservar criterios de cohesión y solidaridad que

<sup>33</sup> Pro, J.: "Las élites de la España liberal: clases y redes en la definición del espacio social (1808-1931)", *Historia Social*, 21 (1995), pp. 47-69.

sustentan la dinámica social del grupo.

Si el foco se pone en el parentesco, otra de las realidades básicas del análisis social, se llega a la misma conclusión (gráfico 1)<sup>34</sup>. El resultado es una red que conecta entre sí a casi todas las familias hasta llegar a formar una madeja densa y llena de reciprocidades. Es cierto que algunos apellidos que estuvieron en activo en algún momento de la centuria o bien no aparecen o quedan aislados. Un hecho que responde a múltiples causas. Algunas familias con peso durante el siglo XVI y principios del siguiente desaparecieron de las filas del curtido, como las familias González y Delgado, algunas, como los Salazar-Haro porque consiguieron auparse a posiciones más altas de la escala social. Otras tuvieron un paso fugaz por la profesión (Alvir, Montañés, Colmenar, Molleda, Balmaseda, González Monterroso, Corbera). Por último, apellidos que estuvieron presentes a través de dos o tres generaciones, como los Mella, los Quintana o los Calderón, siguieron una estrategia matrimonial más abierta que la del resto de sus colegas, y la mayor parte de los descendientes contrajeron nupcias con personas de fuera del oficio, y sólo uno o dos de los hijos, a lo sumo, continuaron la tradición familiar.

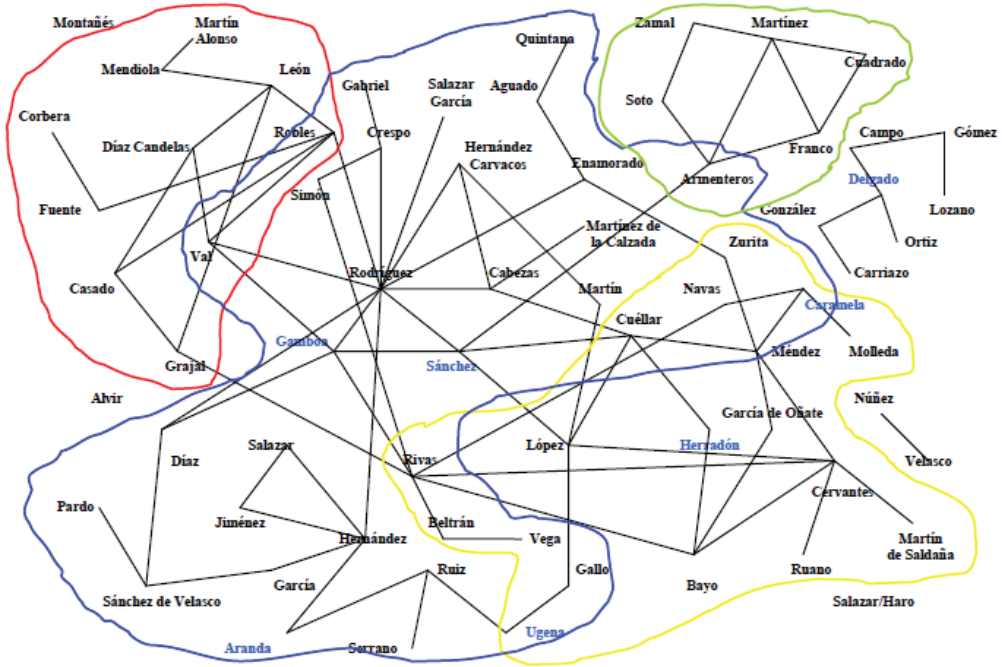
Por lo demás, el entramado de relaciones que se dibuja a partir de los lazos de parentesco del colectivo de curtidores del siglo XVII es denso y está bien trabado, con pocas discontinuidades. En torno a algunos actores -familias- se concentran muchas relaciones, producto de su posición central en la red de parentesco, mientras que otros se distinguen por ocupar una posición estratégica, a caballo entre distintos grupos, que actúan de elementos de cohesión de todo el colectivo. Entre los primeros destaca sobre todo la familia Rodríguez, seguida de la de los Rivas, Val, Sánchez, Cuéllar, Bayo, Cervantes, Díaz o Gamboa, las cuales suelen coincidir con aquellas que estuvieron largo tiempo ligadas al curtido. Son estas familias las que igualmente integran a los nuevos elementos que llegan a la profesión.

Se pueden distinguir cuatro grupos. Un primero que se centraliza entorno a la familia Rodríguez. En él entran actores con continuidad, léase Cabezas, Gamboa y Sánchez -estas dos últimas familias coinciden con apellidos de la línea femenina del curtido-, mientras que en los aledaños del grupo se sitúan familias señeras del curtido, como los Enamorado, los Hernández y los Díaz, que funcionan como aglutinadoras de otras familias más periféricas pero no menos importantes que han ido perdiendo efectivos según han logrado ascender socialmente: Enamorado de Aguado, Quintana y Zurita; Hernández de Salazar, Serrano, Aranda y Ruiz; y Crespo de Simón y Gabriel. Se caracterizan los integrantes de este grupo por su arraigo en la Villa y Corte -también los hay alcarreños de Fuentelencina y vecinos de Fuencarral, lugar limítrofe de Madrid- y por su dedicación, a veces como actividad complementaria a veces como principal, al abastecimiento.

---

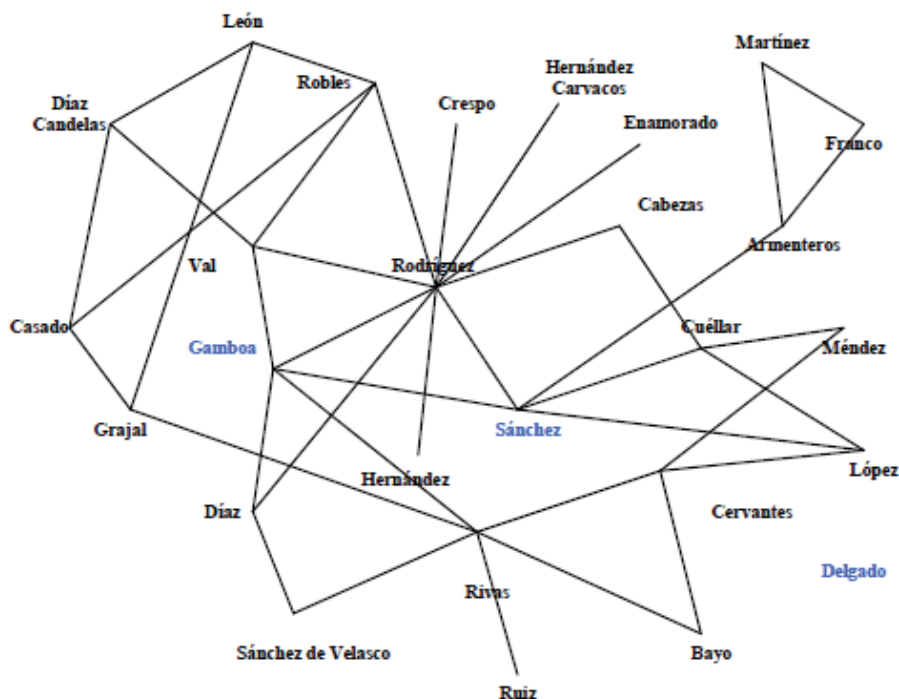
<sup>34</sup> CHACÓN JIMÉNEZ, F.: "Hacia una nueva definición de la estructura social en la España del Antiguo Régimen a través de la familia y las relaciones de parentesco", *Historia Social*, 21 (1995), pp. 75-104, en pp. 75-81.

**Gráfico 1:** Red de parentesco de los curtidores, siglo XVII



El segundo grupo lo forman Díaz Candelas, León, Robles, Val, Grajal y Casado. Forman un conjunto compacto, casi todos originarios de Alcalá de Henares, en el que también entran Fuente, Corbera, Martín-Alonso y Mendiola, y que se relaciona, a través de Robles y Val, con las familias aglutinadas en torno a la familia Rodríguez, y engarza, a través de Grajal y Rivas, con un tercer grupo de curtidores que empezaron a abrirse paso en el segundo cuarto del siglo XVII, de procedencia diversa, y que durante la segunda mitad de siglo formarán la columna vertebral del oficio (Rivas, Méndez, Zurita, Cervantes, López y Bayo). En un cuarto y último grupo se concentran los pergamineros, de los cuales se podría decir que forman un subconjunto dentro del curtido. Entran en los repartos de corambre, desempeñan cargos gremiales en igualdad de condiciones que los curtidores, pero se muestran “endotécnicos” dentro de la acusada “endotecnia” de los curtidores. A pesar de alguna conexión con los curtidores (Armenteros con la familia Sánchez) forman un grupo independiente, con fuerte integración interna a través de los lazos de parentesco de la familia Martínez y de la familia Soto.

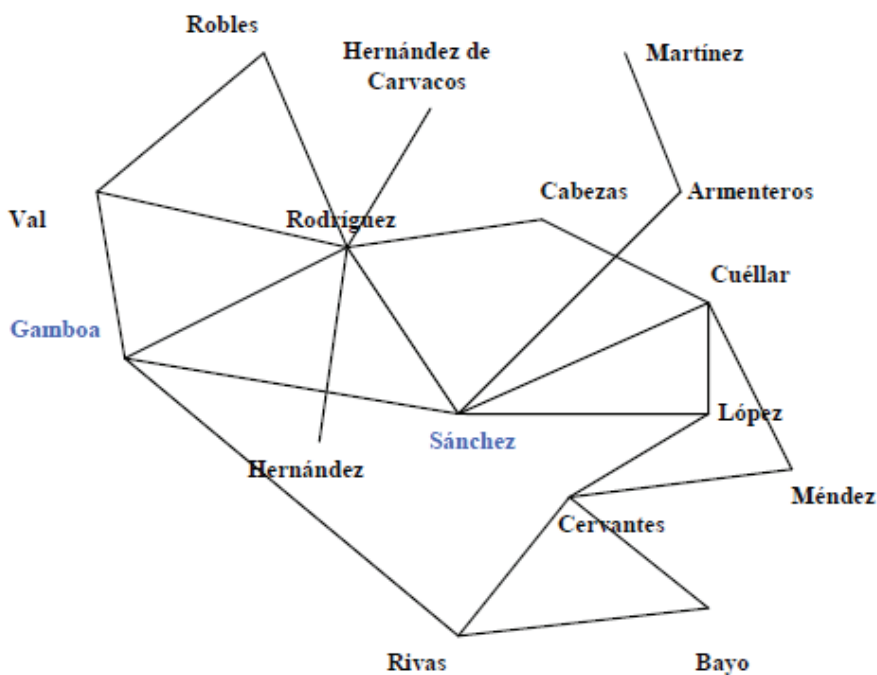
**Gráfico 2:** Red de parentesco de los curtidores, siglo XVII<sup>35</sup>



El peso que tienen los actores dentro de estos grupos se percibe mejor si se dejan de considerar los actores marginales. Si nos fijamos en los actores con tres o más nexos (gráfico 2), dentro de cada grupo quedan las familias que tuvieron mayor protagonismo en la trayectoria del oficio a lo largo del siglo XVII, tanto por su capacidad de aglutinar otras familias como por su continuidad en el tiempo. Algo que se hace más visible si se reduce un poco más la muestra a las familias que tienen cuatro o más nexos (gráfico 3). Entonces quedan las familias que formaron la columna vertebral del oficio en el siglo XVII y emerge el interés que demostraron los curtidores por fomentar la solidez del colectivo a través del parentesco hasta el punto de que esta red reducida sigue conservando una consistencia notable como demuestra el hecho de que ningún elemento queda aislado. Es este tipo de entramado el que hace viable que el oficio mantenga la suficiente cohesión como para competir con éxito por las corambres frente a otros oficios del sector o para contener los precios del cuero en un período crítico de la economía castellana.

<sup>35</sup> Solamente se cartografían las familias que tienen tres o más relaciones de parentesco con otras familias de curtidores.

**Gráfico 3:** Red de parentesco de los curtidores, siglo XVII<sup>36</sup>



### CONCLUSIONES: CURTIDORES, ARTESANOS Y CAMBIO SOCIAL

Después de este recorrido por los objetivos que el colectivo de curtidores madrileños persiguió y las estrategias, los medios y las prácticas sociales que desplegó en el siglo XVII se ha de llegar a la conclusión de que las relaciones sociales no fueron el fundamento del comportamiento del grupo, sino que, al contrario, esas relaciones se formularon, articularon y dotaron de contenido en función del modo en el que el oficio se enfrentó al cambio social en el contexto del siglo XVII. Así, los curtidores se mostraron cautelosos a la hora de aprovechar tanto los resquicios que les dejaba la sociedad de órdenes como las grietas que se iban produciendo a consecuencia del cambio económico, social y cultural, en un momento en el que el estatus y la consideración se ganaban en una lucha sin cuartel contra el privilegio y los presupuestos distributivos que la sociedad estamental se esforzaba por legitimar. La trayectoria de los curtidores en el siglo XVII es, a su vez, causa y consecuencia de sus estrategias para lograr reconocimiento social. Si por un lado la estima hacia ellos fue suma-

<sup>36</sup> Solamente se cartografiaron las familias que tienen cuatro o más relaciones de parentesco con otras familias de curtidores.

mente baja por las connotaciones de vileza, manualidad e impureza racial asociadas a su actividad económica, tuvieron a su favor el revulsivo social que en esa época significó el dinero. Se podría decir que la actividad económica de los curtidores funcionaba, en términos sociológicos y desde una perspectiva micro, como un elemento estructurante, ya que constreñía y habilitaba al mismo tiempo. No obstante, parece que los curtidores, salvo algunas excepciones, no maximizaron sus posibilidades de ganar estatus con una trayectoria fulgurante y prefirieron seguir un camino más lento pero menos arriesgado, que cimentaba las posiciones conquistadas, y postergaba, sin renunciar a él, en el caso de disponer de suficientes recursos, el ascenso social. Unas elecciones que se entienden mejor en el contexto de una sociedad como la preindustrial caracterizada por la inestabilidad y el riesgo, derivados de la propia escasez en la que se movía la economía.

Los curtidores se valieron de dos caminos para revalorizar su posición y ganar en estatus y consideración social: el individual y el corporativo. Hubo una proyección colectiva del oficio a partir del provecho social y cultural que sacaron del contexto económico, religioso y político que vivieron en el siglo XVII. En este sentido los curtidores se beneficiaron del cambio de actitud mental y cultural positivo, aunque siempre tímido, en la estimación del trabajo artesanal, lo cual significaba una cierta relajación de los férreos criterios por los que se guiaba la sociedad estamental. Es más, esta apertura no hizo sino facilitar el éxito del segundo camino, el individual, que permitía, a partir de unos recursos y unos planes trazados sobre la base del logro económico y utilizando como vehículo de acción la institución familiar, escalar posiciones a través del ejercicio del comercio, del estudio, de la compra de oficios o de la religión. Estas dos vías de ascenso no sólo eran compatibles, sino que, además, se reforzaban entre sí. La primera, la colectiva, achicaba el espacio que separaba a los curtidores de un estatus social superior y maximizaba sus costes en inversión social. La segunda, la individual, por un lado, proyectaba hacia la sociedad una imagen positiva de la actividad y, por otro, ampliaba la red social de los curtidores, lo cual favorecía a los que vinieran detrás ya que podrían contar con unos apoyos más firmes y un camino un poco más allanado para cumplir sus objetivos de mejora.

Si estas fueron las posibilidades que el cambio social abrió a los curtidores, el pivote sobre el que gravitó su estrategia colectiva consistió en reproducir los parámetros de estabilidad y moderada renovación durante el siglo XVII. Con esta finalidad utilizaron sabiamente los mecanismos institucionales y sociales que controlaban la entrada de nuevas familias en la actividad curtidora. Los curtidores utilizaron un camino intermedio entre el modelo centroeuropeo y el mediterráneo, seguramente poco dependiente del gremio, para planear y ejecutar las estrategias colectivas. Sin embargo, esto no quiere decir que la norma se relajara hasta el punto de desaparecer. Al contrario, tenía una notable influencia sobre la evolución del oficio, si bien la clave no estaba tanto en la existencia de esa reglamentación, sino en su aplicación discriminada. Las peculiaridades de la industria del curtido tenían parte de responsabilidad en que la renovación del oficio fuese por estos derroteros. La cantidad de dinero que se podía perder en la transmisión del oficio con tenerías a pleno rendimiento, contratos de corambre a medio cumplir y el dinero puesto, en el mejor de los casos, en

obligaciones de pago y otros efectos comerciales significaba un riesgo evidente, por lo cual convenía que no se rompiera la continuidad del negocio. En estas condiciones las viudas desempeñaron un papel protagonista en las estrategias de reproducción del oficio, no sólo por no tener problemas para contraer segundas nupcias, sino también por la independencia profesional que conquistaron, que facilitaba la transmisión del negocio dentro del núcleo familiar.

Reposición controlada, que se apoyaba en una configuración colectiva del oficio construida para responder a un contexto histórico de crisis, junto con una atemperada renovación, que abría la posibilidad de obtener recompensas en el ejercicio de la profesión, explican la coexistencia de prácticas variadas y no siempre congruentes. Así, por ejemplo, se aseguraba la transmisión del oficio en la familia pero no se renunciaba a buscar la movilidad en la segunda o tercera generación sobre las bases de la solvencia profesional y económica; o bien, se utilizaban los matrimonios de los hijos para fortalecer lazos con el colectivo y los de las hijas para ampliar la red de relaciones del grupo familiar. La red social basada en las relaciones de parentesco resultante muestra los efectos de esta estrategia y estas prácticas. La columna vertebral del curtido madrileño del siglo XVII estuvo constituida por unas diecisiete familias, las cuales formaban varios subgrupos en razón de su procedencia geográfica o sus relaciones con otras actividades. Estos criterios de clasificación ayudaban a la integración de nuevos curtidores. Sin embargo, la segmentación del colectivo era sólo relativa. En realidad, las relaciones de parentesco trazaban una malla lo suficientemente continua y densa como para afirmar que los curtidores conjugaron cohesión y jerarquía como respuesta al contexto social y económico del siglo XVII.